Globethics Repository



Cuestiones ecológicas y postulados democráticos [Ecological issues and democratic principles]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Mansilla, H.C.F.
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-16 13:58:08
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219086

Cuestiones ecológicas y postulados democráticos

H.C.F. Mansilla

Los aspectos altamente complejos de la temática ecológico-demográfica exigen una visión escéptica con respecto a los mejores modelos de modernización. Es indispensable un cuestionamiento de la actual economización de la política. Lo razonable no debería ser exclusivamente el incremento de los índices de producción, productividad y consumo; el crecimiento cero no debería ser percibido como algo básicamente negativo. Hay que comprender los límites muy estrechos que nuestro mundo eminentemente finito impone a cualquier evolución donde está implicado un crecimiento continuo e incesante. Es hora de reconocer las falacias implícitas en las doctrinas del crecimiento ilimitado y del desarrollo sostenible, por más que dispongan de legitimidad democrática.

En América Latina existe todavía una amplia noción de legitimidad en torno de la necesidad y el ritmo de la modernización, consenso que abarca a muy diferentes sectores sociales y partidos políticos, porque el desarrollo integral –hoy en día obviamente en el marco del proceso de globalización– debe acortar la distancia frente a los países ya altamente industrializados y, al mismo tiempo, promover la paz social mediante la incorporación pacífica de los estratos menos favorecidos a la estructura productiva y distributiva. Para relativizar este enunciado se puede aseverar que la planificación, las medidas proteccionistas, el estímulo a la industria doméstica y las bien conocidas ideologías del desarrollo acelerado en cuanto esfuerzo colectivo concertado y de largo aliento, se hallan hoy en un contexto de crisis y cuestionamiento a escala mundial, no solo a causa de sus resultados decepcionantes, sino también debido a que la idea misma de nación se vuelve cada vez más difusa en el mundo donde las fronteras clásicas entre Estados soberanos tienden a convertirse en obsoletas. La concepción neoliberal desestimula, por otra parte, políticas redistributivas –base importante para la actividad

H.C.F. Mansilla: doctorado en filosofía por la Universidad Libre de Berlín; concesión de la venia legendi por la misma universidad; actualmente es profesor visitante en la Universidad de Zurich; autor de varios libros sobre teorías del desarrollo, ecología política y tradiciones político-culturales latinoamericanas.

Palabras clave: medio ambiente, desarrollo sostenible, democracia, América Latina.

estatal-burocrática–, enfatizando la importancia de hacer crecer el PBI del país respectivo y relegando a segundo término o hasta poniendo en duda la conveniencia de repartir «equitativamente» lo ya producido.

Buena parte de esta visión escéptica con respecto a los modelos convencionales de industrialización y modernización se queda, lamentablemente, en el mero papel. Lo ideal sería que la crítica de la modernidad contribuyese a cuestionar la actual economización de la política, es decir, la tendencia a ver lo razonable exclusivamente en el incremento de los índices de producción, productividad y consumo, y a considerar el llamado crecimiento cero, por ejemplo, como algo horriblemente negativo. Lo cierto es que las exigencias de la población desde mediados del siglo XIX han tomado una naturaleza tal que es imposible satisfacerlas sin un aumento constante de la esfera económica; antes los pueblos se contentaban con tener gobernantes que fuesen regularmente honestos y con impuestos que no los agobiaran demasiado. Frente a la marea actual de reclamos sociales y a los excesos de una democracia cada vez más frívola y vacía, una crítica radical de los decursos modernizantes podría coadyuvar a comprender los límites muy estrechos que nuestro mundo eminentemente finito impone a cualquier evolución donde está implicado un crecimiento continuo e incesante. Desde esta perspectiva se obtiene una visión más sobria y realista de los nuevos procesos de democratización en el Tercer Mundo, los cuales, como se sabe, han fomentado el surgimiento de demandas cada vez más exigentes de parte de los estratos menos favorecidos de la población, demandas, empero, que probablemente nunca podrán ser satisfechas del todo, por más justificadas que estén en los campos ético, religioso y político.

Enfoques críticos nos permitirían advertir lo complejo de una situación signada actualmente por la crisis ecológica y demográfica y, por ende, las falacias implícitas en las doctrinas del crecimiento ilimitado, del desarrollo sostenible y de la planificación centralizada. Grupos dilatados de los estratos medios –independientemente de su filiación teórico-ideológica– derivan aun hoy una porción de su poder del hecho de influir decisivamente sobre los procesos de decisión de políticas públicas, los que a menudo no son más que posibilidades de manipular recursos humanos, financieros y naturales, presuponiendo, además, que las tres categorías configuran, en el fondo, una misma cosa. A pesar de la declinación del socialismo y de concepciones afines, algunos sistemas de planificación siguen gozando de una excelente reputación en el Tercer Mundo. Es probable que si todas las agencias planificadoras del planeta y sus funcionarios desapareciesen súbitamente a causa de algún cataclismo sobrenatural, la humanidad no sufriría el más remoto perjuicio. Así se eliminaría además un conjunto de instancias que nunca fueron realmente proclives a la democratización de la vida pública, a ideas innovadoras y a la formulación de soluciones originales. Como puede demostrarse en el caso de la problemática ecológica, los planificadores descubrieron la relevancia y las bondades de la protección al medio ambiente cuando estos temas ya se habían convertido en un lugar común de la discusión científica pública.

En este contexto es indispensable llamar la atención sobre el hecho de que prácticamente todas las concepciones en torno de la evolución del Tercer Mundo parten aún del mismo axioma, de que es posible y deseable un crecimiento *ad infinitum*; hasta las teorías más diferenciadas que dicen considerar criterios ecológicos, como las del desarrollo sostenible o sustentable, estiman que un decurso evolutivo calificable como positivo tiene necesariamente que incluir un incremento continuo del ingreso per cápita de la población, una expansión de la estructura productiva, un aumento de la producción agropecuaria y un mejoramiento sustancial de los servicios educativos y de la seguridad social. Aunque la euforia estrictamente industrializante ha amainado de manera perceptible en toda América Latina, todavía se puede constatar que los procesos de industrialización y urbanización conforman el núcleo de los designios modernizantes y, por consiguiente, la porción esencial de la (nueva) identidad colectiva en casi todas las llamadas sociedades periféricas. Ahora bien, la casi totalidad de estos buenos propósitos, empezando por el de mejorar el ingreso promedio de los habitantes de modo persistente, conlleva mayores cargas sobre el medio ambiente y presiones crecientes sobre los recursos naturales y energéticos; ya sea para asegurar el pleno empleo o mejorar la salud, la vivienda y la educación pública, se requiere indiscutiblemente de un incremento continuado –y hasta exponencial– del conjunto de la economía del país respectivo[1]. El congelamiento del PBI o el crecimiento cero toman entonces el carácter de algo que es inaceptable para casi todas las corrientes político-ideológicas prevalecientes hoy día en el Tercer Mundo.

La realidad de un mundo finito con recursos decrecientes y limitaciones acrecentadas constantemente, manifestadas por la capacidad cada vez más reducida de autorregeneración de los ecosistemas naturales (como es el caso dramático de los bosques tropicales), sugiere la muy alta probabilidad de que todos los intentos de un desarrollo pleno y una modernización completa para las naciones del Tercer Mundo permanezcan en el terreno de lo ilusorio o conduzcan a una catástrofe ecológica universal. Todas las ideas básicas subyacentes a estos grandes proyectos históricos provienen del acervo de la modernidad –la bondad liminar de la industrialización y la urbanización, la índole no problemática del crecimiento económico incesante, la perspectiva de un progreso perenne–, y lo que ahora está en crisis es el fundamento mismo de esa modernidad, que ha mostrado ser poco crítica consigo misma y contener los elementos para la autodestrucción del género humano.

1. Cf. los excelentes ensayos de Hans-Jürgen Harborth: «Die Diskussion um dauerhafte Entwicklung (sustainable development): Basis für eine umweltorientierte Weltentwicklungspolitik?» [La discusión sobre el desarrollo sustentable: ¿base para una política mundial de desarrollo orientada hacia el medio ambiente?] en Wolfgang Hein (comp.): *Umweltorientierte Entwicklungspolitik* [Política de desarrollo orientada al medio ambiente], Deutsches Überseee-Institut, Hamburgo, 1991, pp. 39-51; «Dauerhafte Entwicklung statt globaler Selbstzerstörung. Einführung in das Konzept des 'Sustainable Development'» [Desarrollo duradero en lugar de autodestrucción global. Una introducción al concepto del desarrollo sostenible], Sigma, Berlín, 1991.

En este sentido es imprescindible mencionar que importantes corrientes de opinión científica han puesto en duda los planteamientos y los pronósticos de los ecologistas, en especial la idea de que el incremento incesante de la población, de la presión humana sobre la naturaleza y de la producción industrial acabarían por agotar la capacidad del planeta para sostener el aumento demográfico y el del ensanchamiento de la base industrial. Con las teorías del desarrollo sostenible y dentro de las tecnoburocracias se abre camino una concepción más optimista en torno de la capacidad regenerativa de los ecosistemas y, en general, acerca de la facultad del hombre de superar hábil y pacientemente todos los obstáculos con que tropieza en su vía hacia un mayor desarrollo. Por ello doctrinas ecologistas y conservacionistas han sido calificadas de oscurantistas, ya que el crecimiento de la población, del consumo y de la industria habría estimulado la innovación tecnológica, la sustitución de recursos naturales escasos y la búsqueda de nuevas soluciones para problemas concretos del medio ambiente. Por lo demás, esta relativización del pensamiento ecologista subraya enfáticamente que solo las sociedades capitalistas más ricas y avanzadas pueden originar una conciencia socialmente relevante sobre los peligros de la contaminación ambiental y, al mismo tiempo, disponer de los fondos necesarios para superar los desarreglos ecológicos. Una protección efectiva de los ecosistemas estaría vinculada a un grado muy elevado de evolución capitalista[2].

Algunas de estas objeciones al pensamiento ecologista son bastante plausibles, particularmente las referidas a la predicción de una catástrofe inminente y al anunciado agotamiento irreversible de variados recursos. No debe subestimarse, por otra parte, el papel benéfico de las innovaciones tecnológicas que reducen los fenómenos de polución ambiental y que sustituyen materias primas. Pero aun así se trata de paliativos con un radio de acción de pocas décadas –y factibles únicamente en algunas sociedades ya muy adelantadas–, que posiblemente no tengan un efecto decisivo en un horizonte temporal de largo aliento y de gran extensión geográfica. El crecimiento demográfico de orden exponencial en el Tercer Mundo y la acumulación de demandas socioeconómicas de enormes masas cada vez mejor informadas, podrían neutralizar aquellas mejoras debidas a los progresos tecnológicos, máxime si el aumento poblacional tiende a exhibir, como señaló Jacques-Yves Cousteau[3], aspectos propios de un tumor canceroso, como la expansión incontrolable, la colonización de zonas lejanas (metástasis) y el suicidio del cuerpo enloquecido. Las teorías del desenvolvimiento sostenible pasan por alto estos factores potenciales.

---

2. Cf. opiniones críticas sobre el ecologismo provenientes de posiciones muy diferentes: David Gow: «Development of Fragile Lands: An Integrated Approach Reconsidered» en John O. Browder (comp.): *Fragile Lands of Latin America. Strategies for Sustainable Development*, Westview, Londres-Boulder, 1989, p. 40; John Tierney: «Los recursos del mundo puestos a prueba» en *Facetas* Nº 4, 1991, Washington, pp. 60-65; William K. Reilly: «Crecimiento económico y mejoría ambiental» en *Facetas* Nº 3, 1991, Washington, pp. 19-24.
3. Entrevista con Jacques-Yves Cousteau en *El Correo de la Unesco* vol. XLIV, 11/1991, pp. 8-13.

Las versiones más sofisticadas del desarrollo sostenible, como el Informe Brundtland, la nueva propuesta económica de la Cepal y el llamado de la Internacional Socialista a detener la degradación ecológica[4], carecen de una credibilidad liminar porque los grupos que consuetudinariamente las han sustentado (planificadores de las burocracias estatales, partidos socialistas y socialdemocráticos, sindicatos e instituciones afines), han pertenecido durante largas décadas a los más fervientes partidarios del progreso material a ultranza, de la industrialización acelerada y de la modernización a toda costa y porque sus lineamientos teóricos fundamentales han exhibido hasta hace muy poco un marcado menosprecio por la temática del medio ambiente. La falta hasta hoy de una autocrítica referida a sus cimientos doctrinales tiende, evidentemente, a mantener baja la mencionada credibilidad. Las alusiones al medio ambiente en estos informes son periféricos; sus apelaciones a la protección de los ecosistemas son francamente marginales y están supeditados al crecimiento económico ilimitado en el ámbito mundial (para que los frutos del progreso material lleguen alguna vez a todos los pueblos del planeta).

El Informe Brundtland afirma taxativamente que el «crecimiento económico no tiene límites fijos»[5] y trata la temática de la explosión demográfica con una ambigüedad digna de las organizaciones burocráticas internacionales que soslayan deliberadamente la toma de posición acerca de problemas candentes. Además, estos documentos propician un crecimiento constante de las economías de los países centrales para que hagan de «motor» con respecto al resto del mundo, sin considerar las enormes sobrecargas que todo ello significaría para los ecosistemas. La solidaridad con las generaciones futuras, que por suerte dejan entrever estas declaraciones, entra en contradicción con programas de desarrollo que no contemplan las limitaciones ecológicas y de recursos ya citadas, máxime si la meta normativa explícitamente pretendida para todo el mundo es un grado de bienestar básicamente similar al ya existente en los países metropolitanos y el camino hacia tal fin resulta ser el muy convencional del desenvolvimiento acelerado[6]. Por lo demás, estos informes bienintencionados no despliegan una estrategia clara y enérgica contra la expansión demográfica, que junto al rol depredador de toda modernización, acorta sensiblemente el horizonte temporal dentro del cual se podría aún formular algún designio viable para salvar los ecosistemas en peligro.

---

4. World Comission on Environment and Development (comp.): *Our Common Future*, Oxford U.P., Oxford-Nueva York, 1987; Cepal: «Transformación productiva con equidad» en *Nueva Sociedad* Nº 108, 7-8/1990, pp. 38-45; Internacional Socialista: «Nueva misión para el movimiento socialista. Seguridad para el medio ambiente; supervivencia a largo plazo» en *Nueva Sociedad* Nº 104, 11-12/1989, pp. 62-73 y Nº 105, 1-2/1990, pp. 64-79.

5. *Nuestro futuro común*, Alianza, Madrid, 1988, p. 69. Con el mismo contenido: *Declaración de principios sobre población y desarrollo sostenible*, Ministerio de Desarrollo Humano/Prosepo/Unfpa, La Paz, 1994; *Bosques y Desarrollo* vol. 3 Nº 5, 5/1992 (número monográfico sobre la Cumbre de Río de Janeiro publicado simultáneamente en Colombia y Perú).

6. José Manuel Naredo: «La economía y su medio ambiente» en *Ekonomiaz, Revista de Economi*, Nº 17, 4-6/1990, p. 15: «... por simples consideraciones físicas y de espacio, la hipótesis de un crecimiento indefinido es insostenible a la luz de la lógica matemática aplicada a los conocimientos geográficos y cosmológicos actuales ... el crecimiento de la población y sus consumos ..., referido al conjunto de la especie humana, no podrá ser nunca un proceso

Como indicó José Manuel Naredo[7], las nuevas teorías del desarrollo sostenible retoman «la vieja pretensión fisiocrática de acrecentar las 'riquezas renacientes' sin menoscabo de los 'bienes de fondo'». El desarrollo sostenible a gran escala erosiona tanto las riquezas renovables como los bienes de fondo de índole finita e inelástica; de ahí que resulta una falacia la opinión tan generalizada de que *primeramente* se debería forzar aun más la explotación de los recursos naturales y los procesos de modernización e industrialización, para *luego* ocuparse de la conservación de los recursos y de la protección al medio ambiente. Además, todos estos ensayos de desarrollo sostenible se destacan, como lo señaló Hans-Jürgen Harborth, por declaraciones altisonantes con respecto a los enunciados teóricos generales y simultáneamente por estrategias específicas bastante confusas –tanto más cuanto más se acercan al ámbito de la praxis cotidiana, donde el consenso sobre lo que se debe proteger y lo que aun se puede depredar se diluye rápidamente[8]. Se trata, en el fondo, de enfoques armonicistas que presuponen ingenuamente que todos los dilemas mundiales y, por lo tanto, los problemas de desarrollo, aun los más graves, pueden ser integrados en una gran síntesis donde todo se resuelve finalmente en favor de la evolución expansiva del género humano[9].

No es superfluo recordar que estas doctrinas armonicistas, que descansan en visiones dialécticas de la historia universal, incluyen prosaicos planteamientos redistributivos bajo el rótulo de ecodesarrollo: uno de los objetivos consistiría en repartir «equitativamente» los frutos de la civilización industrial alcanzados en las naciones metropolitanas del Norte en favor de los países pobres del Tercer Mundo[10]. Se trata de un propósito totalmente iluso-

---

sostenido a largo plazo». Cf. los ensayos críticos de Eduardo Gudynas: *Ecología, mercado y desarrollo*, Vintén, Montevideo, 1996; E. Gudynas: «Paradigmas del desarrollo latinoamericano y sus visiones de la naturaleza» en *Multiversidad* Nº 5, 1995, Montevideo, pp. 31-61; E. Gudynas: *Ecología, desarrollo y neoliberalismo*, Cebem, La Paz, 1995.

7. J.M. Naredo: ob. cit., p. 16. Cf. tb. Herman E. Daly: «Towards Some Operational Principles of Sustainable Development» en *Ecological Economics* vol. 2 Nº 1, 4/1990; y la gran obra de J.M. Naredo: *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Siglo XXI, Madrid, 1987. Cf. tb. Amartya Sen: *Resources, Values, and Development*, Blackwell, Oxford, 1984.

8. H.J. Harborth: *Die Diskussion*..., cit., p. 51.

9. Sobre esta problemática tan compleja, cf. *Ecología Política. Cuadernos de Debate Internacional* Nº 1, Barcelona, 1991; Bernhard Glaeser (comp.): *Ecodevelopment: Concepts, Projects and Strategies*, Clarendon, Oxford, 1984; Eduardo Gudynas: «The Search for an Ethic of Sustainable Development in Latin America» en J.R. Engel y J.B. Engel (comps.): *Ethics of Environment and Development*, Belhaven, Londres, 1990, pp. 139-149; Gerd Kohlhepp (ed.): *Lateinamerika. Umwelt und Gesellschaft zwischen Krise und Hoffnung* [América Latina. El medio ambiente y la sociedad entre la crisis y la esperanza], Geographisches Institut der Universität Tübingen, Tubinga, 1991; Krishna B. Ghimire, *Linkages between Population, Environment and Development. Case Studies from Costa Rica, Pakistan and Uganda*, Unrisd, Genf, 1993.

10. Sobre esta temática, cf. W.M. Adams: *Green Development: Environment and Sustainability in the Third World*, Routledge, Cambridge, 1990; para una visión diferente y crítica, cf. Eduardo Gudynas: «Environmental Ethics in Latin America: in Search of an Utopian Vision» en *Trumpeter. Journal of Ecosophy* vol. 6 Nº 4, 1989, pp. 151-155; John O'Neill: *Ecology, Policy and Politics. Human Well-Being and the Natural World*, Routledge, Londres, 1993; D. Pierce et al.: *Sustainable Development: Economics and Environment in the Third World*, Londres,

rio porque están involucradas dos clases de población de magnitud física, ritmo reproductor y pautas de comportamiento enteramente diferentes y hasta incongruentes. También es pertinente recordar que los enfoques del desarrollo sostenible no se apartan de una lógica muy convencional, signada por el antropocentrismo, las reflexiones de corto aliento histórico y la carencia de genuinas alternativas en lo referente a las metas normativas. En ellos los factores finitos, escasos e inelásticos –como los recursos naturales, los ecosistemas y, en suma, el planeta Tierra– están subordinados a procesos de dilatación con tendencia a lo ilimitado e infinito, cuales son el crecimiento demográfico, el desenvolvimiento económico y el incremento del nivel de vida. De acuerdo al *common sense* y a una óptica histórico-crítica, la cosa debería suceder al revés.

La modernización imitativa en las sociedades periféricas ha significado un progreso muy reducido y problemático y ha conllevado, al mismo tiempo, la destrucción de sistemas de economía de subsistencia que tenían la enorme ventaja de estar bien adaptadas a medios ecológicamente precarios[11]. Estas economías tradicionales gozan ahora de la reputación de haber sido proclives al estancamiento, al atraso tecnológico, a la tradicionalidad sociocultural y al conservadurismo político. Lo rescatable de ellas estriba en su aguda percepción de la vulnerabilidad de su medio ambiente, en su sentido de responsabilidad con respecto al futuro de los recursos y ecosistemas naturales y en su visión ciertamente arcaica y simple, pero que ha tenido la inapreciable virtud de aprehender conjuntamente fragmentos de nuestra realidad, separados hoy en día por la alta especialización técnico-científica, y de comprender que ella es, después de todo, una *sociedad de riesgo* con porvenir inseguro. La falta de una perspectiva universalista de este tipo, que actualmente ya no posee relevancia sociopolítica, conduce a que las naciones del Tercer Mundo atribuyan una importancia muy reducida a sus problemas ecológicos, los que tienen, sin embargo –como en el caso de la devastación de los bosques tropicales–, una extensión cuantitativa y un nivel de gravedad superiores a aquellos de los países industrializados del Norte. Los Estados socialistas de las periferias no han representado una excepción a este punto: también ellos se han destacado por haber dilapidado recursos y asolado paisajes en un lapso de tiempo extremadamente breve. En pocas décadas han logrado desbaratar vastos ecosistemas que tardaron eras geológicas en ser formados, y a ello ha contribuido eficazmente un marxismo acrítico consagrado a celebrar el crecimiento económico y los adelantos de la tecnología[12]. La carencia de instan-

1993; M. Massarrat: *Endlichkeit der Natur und Überfluß in der Marktökonomie* [Finitud de la naturaleza y abundancia en la economía de mercado], Marburg, 1993.

11. H.J. Harborth: «Oekologiedebatte und Entwicklungstheorie» [Debate ecológico y teoría del desarrollo] en Udo Ernst Simonis (comp.): *Entwicklungstheorie Entwicklungspraxis. Eine kritische Bilanzierung* [Teoría y praxis del desarrollo. Un balance crítico], Duncker & Humblot, Berlín, 1986, p. 119.

12. Karin Stahl: «Technologie-und Wachstumsfetischimus und Oekologie in Kuba» [Fetichismo tecnológico y del crecimiento y ecología en Cuba] en Jörg Freiberg et al. (comps.): *Drei Welten –eine Umwelt* [Tres mundos –un medio ambiente], Breitenbach, Saarbrücken-Fort Lauderdale, 1984, p. 277.

cias independientes de opinión y decisión frente al Estado todopoderoso, coadyuva a dejarse fascinar por grandes proyectos con inclusión de la tecnología más avanzada, lo que ocurre paralelamente a dilatados procesos de urbanización y estatización.

La crítica de la modernidad puede contribuir igualmente a entender que asuntos relativos a la ecología, en contraposición a la economía, poseen una inclinación a lo disfuncional, entrópico e irregulable, a lo difícilmente cuantificable y a lo paradójico, y que no pueden ser ni explicados teóricamente ni tratados razonablemente en la praxis según los conceptos convencionales asociados a los juegos del poder, al principio de rendimiento y eficacia y a todos los modelos conocidos de ordenamiento democrático.

El cuestionamiento del racionalismo occidental (y de todos los fenómenos asociados a él, como la democracia) nos ayuda a comprender lo razonable de muchas concepciones y cosmologías premodernas, vinculadas a las tradiciones religiosas, a la magia[13] y a las prácticas arcaicas, que servirían para mitigar la furia destructiva que acompaña indefectiblemente a la razón instrumentalista. Hay que llamar la atención sobre las cualidades benéficas a largo plazo de algunos tabúes de origen religioso-bíblico, precisamente en el terreno de los recursos naturales y energéticos: estas prohibiciones, cuya transgresión era sancionada con toda la dureza de una fe antigua, promovían el cuidado «ecológico» de reservas territoriales, evitaban la sobreutilización de animales y predios agrícolas, limitaban la necesaria violencia contra la naturaleza en general y preservaban áreas importantes de toda incursión técnica o militar bajo el manto de la santidad de ciertos espacios simbólicos. Hoy en día requerimos urgentemente de un tabú semejante con respecto a los bosques tropicales, para que una fuerza ético-política, con la autoridad que antaño tenían las creencias religiosas, ayude a proteger las selvas de millones de campesinos sin tierra, de la codicia de las empresas trasnacionales de la madera, y en general, de las bendiciones del progreso material, lo que, a largo plazo, redundaría en provecho de toda la humanidad, resguardando, por ejemplo, una fuente riquísima de belleza natural.

Este argumento se manifiesta, a corto plazo, como opuesto a los intereses de extensos sectores populares en peligro de extrema marginalización, pero es un deber moral pensar en los intereses de toda la humanidad a muy largo plazo, considerando, además, que la naturaleza no es una cantera sin derechos propios al servicio exclusivo del hombre. Es probable, por otra parte, que el carácter finito del planeta no permita que las sociedades del Tercer Mundo obtengan el actual nivel de vida de los países altamente industrializados. Parece que muchos estándares de consumo son de índole oligárquica[14] y que

13. Existe un verdadero renacimiento de estudios científicos sobre la magia. Cf. entre otros: H.G. Kippenberg / B. Luchesi (comps.): *Magie*, Suhrkamp, Frankfurt, 1987; E. Broszinsky-Schwabe: *Zwischen Magie und moderner Technik* [Entre la magia y la técnica moderna], Dietz, Berlín, 1987.
14. H.J. Harborth: *Die Diskussion...*, cit. p. 45; H.J. Harborth: *Dauerhafte...*, cit. p. 39.

su popularización mundial es una mera ilusión, por más que ésta se apoye en un sentido profundo de justicia social, alimentado por la ficción contemporánea de que todo tiene una solución técnica. La condición oligárquica de ciertas pautas de consumo y de algunos estilos de vida tiene la virtud inestimable de evitar (o, por lo menos, de retrasar) un agotamiento total de muchos recursos naturales y energéticos y, al mismo tiempo, de preservar fragmentos de buen gusto ante una marea de chabacanería de alcance universal. Aquí también hace falta un espíritu crítico y hasta escéptico, que no sucumba a las seducciones democráticas y tecnológicas de la modernidad.

Una visión crítica del complejo del desarrollo histórico nos ayuda a entender el valor de la diferencia como algo de derecho propio: es esencialmente positivo que existan zonas con un desarrollo variado y hasta divergente (una de las principales desigualdades es, después de todo, la del nivel de ingresos), que comunidades de orígenes étnico-culturales distintos desplieguen sus potenciales simultáneamente, que florezcan diversas confesiones religiosas y que ideologías contrapuestas puedan competir libremente por el favor del público. Muchas veces los pueblos no buscan solo mejorar su estándar de vida o incorporar sus economías a organizaciones supranacionales de incuestionable racionalidad tecnocrática, sino que pretenden vivir de manera autónoma y de acuerdo con tradiciones que únicamente desde la óptica del instrumentalismo eficientista parecen anticuadas y «superadas» por el avance técnico-económico.

En otro plano, esta actitud crítica puede ser útil para que los individuos y las comunidades lleguen a soportar una pluralidad permanente de disparidades culturales e ideológicas de toda clase y, lo que es mucho más difícil, puedan convivir con la existencia perdurable de diferencias socioeconómicas y político-institucionales. Hay que aprender a tolerar desigualdades de todo tipo (como la del nivel de ingresos y de acceso al poder político) y, por más cínico que suene, a comprender lo enriquecedor que hay en la naturaleza disímil y variopinta del género humano y de sus creaciones sociales. En contra de las grandes ideas convencionales alimentadas por la modernidad, habría que volver a entender que lo bello y razonable puede estar en lo pequeño, lo heterogéneo, lo tradicional, lo curioso y lo aparentemente anacrónico, y también en experimentar la contigüidad de la opulencia y la modestia, del adelantamiento técnico y la preservación de viejos valores culturales –todo ello encarnado, por ejemplo, en regiones de un mismo Estado que exhibieran los grados más variados de evolución histórica y económica, y cuyos conceptos de identidad y honor colectivos no se deberían reducir a imitar los resultados materiales de las naciones más exitosas. Se superaría así el ideal jacobino de igualar a la fuerza todas las comarcas de un país de acuerdo con los principios tecnocráticos de la elite de iluminados que dirige todo desde un centro privilegiado, que propende a eliminar la diversidad provincial que se ha conformado orgánicamente a lo largo de siglos.